

PLOMIZO FIN DE SEMANA DE AGOSTO

J. Francisco Fabián

Raro es el año que por el 13 y el 14 de agosto no hace un calor espeso en Béjar. Y canícula. Y todo. Yo creo que pasa por dos razones: la primera, porque lo tiene que hacer, al ser el tiempo que es; y la segunda, por la cantidad de gente que hay ese día suelta por Béjar con un trajín que no es normal. Coches para arriba y para abajo, atascos en la calle Libertad, gente que aparca donde puede con alguien esperando al volante y todo, pero todo, lleno de gente... La fiesta de tantos pueblos del entorno es lo que lía todo. Ya solo faltaba que por esos días vinieran las hordas de moteros para acabar poniéndolo todo patas arriba y de los nervios. Esto que cuento empezó a pasar el 14 de agosto por la mañana. Estaba yo en ese momento haciendo cola en la caja del DIA, a donde había sido conducido por mi padre, que tenía unas papeletas de ofertas, para hacer las últimas compras, pues nos trasladábamos toda la familia a Valdesangil a las fiestas y había que llevar repuestos para los cuatro días que viene durando la Fiesta Mayor. Llevaríamos en la cola de la caja como 20 minutos, porque todo el mundo iba con los carros hasta arriba. Y todavía teníamos para un poco más. Familias enteras en las colas, todos en chanclas, minisort y bermudas, daba igual que se fuera gordo o no, la gente iba en camiseta sin mangas para ir fresquitos y a la moda, incluso abuelos viudos, o no, con pantalones piratas, que estaban tan frescos adheridos a la moda. Todos esperaban a que les tocara el turno de pagar. En esto me sonó el móvil. «¿Pues quién será?», me dije. A duras penas oí la voz de un hombre de forma entrecortada por el ruido del trajín de la caja a medida que la estresada cajera iba pasando las compras. Me pareció reconocer esa voz, pero enseguida pensé que era una broma que me gastaba alguno de los amigos, a los que yo se las gasto también cuando puedo. No se le entendía nada bien al sujeto del otro lado del teléfono. De modo que le empecé a vacilar para que no pensara que era tonto y que no había reconocido la broma. En esto me tocó ya pagar en la caja y sin más contemplaciones colgué el teléfono. Poco después estábamos cargando el coche y volvió a sonar. Era la misma voz. «Que me dejes en paz, coño, que estamos con mucho ajetreo», le dije cortando de nuevo. Estábamos mi padre y yo para bromas, era la una y cuarto y todavía teníamos que ir a buscar el tostón que nos deberían tener en la carnicería. «Que soy el alcalde, jolines, que quiero hablar contigo muy seriamente», insistió aquella voz de alguna manera conocida. Estaba tan nervioso que se aturullaba todo. Tuve que hacerme a mí mismo un resumen cuando terminó la conversación para poner orden en lo que me había contado. Por lo visto haciendo unas obras de ampliación de las pistas de La Covatilla habían dado con algo antiguo y no encontraban en el fin de semana un arqueólogo disponible que se lo desenterrara con *glamour* lo antes posible. De entrada me extrañó que un hallazgo arqueológico fuera capaz de motivar tanto a un alcalde. Tenía que ser

algo muy gordo o tener truco. Conforme hubimos comprado mi padre y yo toda la intendencia, pude llamarle ya con más tranquilidad desde la casa de mi tía, el cuartel general de toda la familia en las fiestas de Valdesangil. Nunca me he sentido tan importante, la verdad. Ponían a mi disposición todos los medios necesarios para empezar una excavación arqueológica en toda regla, además de los operarios del Ayuntamiento que necesitara. «Lo que te haga falta, pide lo que quieras», me había dicho el alcalde con una solemnidad y una entrega desconocida en toda mi carrera. Estaba haciendo una lista de necesidades urgentes cuando me llamó Gabriel Cusac para decirme que como empleado municipal había sido movilizadado por el alcalde y que por esta vez estaba encantado de ello, porque a él esto de las cosas antiguas no solo le gustan, sino que le motivan para sus ingenios literarios. Por lo visto no fue el mismo caso de Edu Izcaray, también funcionario municipal, que dijo que lo sentía, pero que era sábado y que a él el lunes lo que quisieran, pero que ya tenía medida una buena siesta de pijama y orinal y esa no se la levantaba ya ni sanpedro bendito. Apostilló, muy educado, que no era una cuestión de rebeldía, sino de costumbres y de disciplina con uno mismo para alcanzar el karma.

Por lo visto era tan urgente todo que ni siquiera daba tiempo a comer en casa. Se había puesto a trabajar a los cocineros del Pavón contra reloj para subir una banasta de bocadillos de tortilla, cerveza fresca y una partida de melones de Villaconejos. «Por medios que no quede», había dicho elocuentemente el alcalde en rueda de prensa improvisada, de esas que se dan de pie con un atril, como en América, a las puertas del Ayuntamiento rodeado de todos sus concejales en mangas de camisa. Para mí, además, habían comprado en una operación exprés un traje de explorador-arqueólogo color hueso claro, con su pantalón corto, su chaquetilla de safari con cinturón abrochado por delante y un salacof que no me quedaba nada mal, y que de alguna manera colmaba mis fantasías arqueológicas de toda la vida en el Egipto faraónico, Micenas y tal.

Tres helicópteros movilizó la Diputación. Uno partió primero repleto de periodistas y los otros dos calculadamente un rato después. En uno de estos últimos iba la comitiva científica y en otro los operarios y la banasta de bocadillos con una pancarta lateral que decía «El Ayuntamiento de Béjar, ¡con la ciencia!», de los cuales se había segregado una parte para que los del helicóptero principal pudiéramos ir ya comidos cuando se produjera el aterrizaje. Olía a tortilla dentro del aparato que no se podía. Había que ver al piloto a los mandos de la nave y a la vez dando cuenta del bocadillo de tortilla y la cerveza apoyada en el panel de control.

La verdad es que nunca me había sentido tan agasajado en toda mi vida. En el helicóptero me pusieron en un asiento de ventanilla, estuvieron en todo momento pendientes de quitarme de la comisura de los labios los restos del

bocata de tortilla que me había comido con denuedo y hasta me dieron mi café y mi chupito de orujo para que estuviera más animado en el momento de la rueda de prensa. «Tenemos que dar buena imagen, si me haces el favor», me había dicho el alcalde cuando ya tuvo el piloto la orden de tomar tierra.

Desde lo alto pudimos ver tres cosas importantes, a saber: por una parte los desmontes hechos con las excavadoras para las nuevas pistas, en los que por lo visto se había producido el hallazgo arqueológico; en segundo lugar, una línea de periodistas, como una barricada, con sus cámaras y tal, esperándonos. Y, cerca de ellos, en formación, aparte y perpendiculares a la fila de prensa, la alineación de operarios municipales dispuestos para hacernos el pasillo a los de la comitiva científico-política, dotados de pico y pala en ristre, cubo, paletín y juego de brochas a los pies, y enfundados en monos del Ayuntamiento de Béjar. A pesar de los nervios por la responsabilidad, me moría de la emoción, me sentía el Schliemann, el Howard Carter de Béjar. Por fin me podía llegar la fama.

El descenso fue apoteósico, con la mano del alcalde saludando por la ventanilla a las cámaras de televisión y agitando una bandera de Béjar con las cinco abejas, en medio de un descenso lento y pausado, muy mediático y glamoroso. «Lo tengo todo organizado, tú no te separes de mí un momento», me había dicho el alcalde emocionado poco antes de tomar tierra. Fue abandonar al aparato y oírse ese ensordecedor clak-clak-clak de las cámaras de fotos. «Alcalde, ¿de cuándo cree que data este trascendental hallazgo arqueológico?», preguntó una mujer empuñando un micrófono entre la nube de periodistas. «Yo le calculo que debe andar por el diluvio universal, más o menos», respondió con mucha seguridad, mirándome a mí, que empecé a tiritar en ese mismo instante, porque a mí no se me había avisado de que la cosa fuera tan trascendente y de que el diluvio universal tuviera algo que ver en aquello. «El arqueólogo me lo confirmará, pero yo tengo la teoría de que el arca de Noé pudo haberse quedado varada aquí arriba aprovechando el nivel alto de las aguas y la altura de nuestra sierra», sentenció con un aplomo que ya me gustaría a mí cuando interpreto el Neolítico mismamente. No debería decirlo, porque no es de hombres, pero estuve a punto de echarme a llorar o a correr, lo que pasa es que no hubiera dado buena imagen. Quise ser positivo y ayudar a la causa, pensando en que con mi actitud ayudaría, tal vez, a revitalizar mi ciudad, y tomé la palabra: «Bueno, vamos a ir dando pasos. Primero vamos a ver de qué se trata, luego calcularemos la posibilidad de que el nivel de las aguas del diluvio llegara hasta aquí arriba y luego, ¿que encontramos el arca?, pues eso que tenemos». Iba a seguir cuando el alcalde apostilló interrumpiendo que esto podría suponer un punto de inflexión en la caída de Béjar comenzando ya, por fin, su renacer y citó a continuación al ave fénix.

Poco después empezamos la excavación rodeados de las cámaras. Hubo que organizarlo todo tal y como se hacen estas cosas en arqueología, con un cuadrículado de cuerdas de la zona, gente anotando, otros midiendo, otros con su pincel y su paletilla descubriendo cuidadosamente cada uno de los huesecillos de aquel animal enorme que aparecía entre tierra, en fin la técnica arqueológica. Y yo al mando de todo, ¡qué orgullo!, bajo la mirada del alcalde que lo iba retransmitiendo a la prensa. «¡Acaba de salir una pata!», corrió a decir a los periodistas apostados tras las vallas de seguridad. «¡Tenemos ya el pico localizado!, ¡el pico!, ¡ha salido el pico!», volvió decir, emocionado, al poco rato a los micrófonos cuando tuvimos ya medio pico fuera de la tierra. Se fue calentando y en un momento dado volvió a decir que creía que estábamos ante un conato del arca de Noé. Yo eso no lo había dicho, pero en fin, no era cosa de estropear las expectativas. No sea que fuera a negarlo yo, apareciera el arca de verdad y quedara como un ignorante. «Estamos, efectivamente, ante lo que podríamos definir como un pajarraco inmenso, dotado de un cuerno en la misma testuz, parecido a un tordo, pero mucho más grande, ¡donde va a parar!», explicó el alcalde a la radio, convocado a un programa en directo. «Lo que no sabemos, ¡je! ¡je!, es si de dicho cuerno tiene algo que decir su señora», apostilló desparramando, porque le habían dicho por teléfono unos asesores de imagen del partido que fuera contundente, pero cercano y ocurrente en sus manifestaciones. A mí aquella gracia no me pareció bien, porque alejaba un poco la empresa del cientifismo y la seriedad que se pretendía en todo momento. Efectivamente allí estaba quedando al descubierto un pajarraco impresionante, con un tamaño, cuando menos, de cuatro metros de eslora, con un cuerno empinado para arriba en mitad de la frente, como no se ha visto nunca ningún pájaro vivo. «Parece un avicornido», dije yo, cuando se me preguntó en directo por la tipología. «Creo –añadí con aplomo– que podríamos estar ante el *Avicornidus Bejaranus Excelsior Conectin Pipol*, una especie hasta ahora nunca vista, que puede revolucionar el mundo de la ciencia». Una concejala apostilló rompiendo el protocolo que la cosa traería mucho turismo a Béjar. Yo de eso no quise decir nada también por si acaso.

A las cinco y veinticinco llegaron los de la oposición sudando como pollos, porque para ellos no había habido helicóptero ni nada, tuvieron que subir a pata y cuando pidieron agua, les dijeron que un trago solo, que el agua era para los que trabajaban. Llegaron, los de la oposición, y acto seguido quisieron dar una rueda de prensa para denunciar discriminación por no tener ellos helicóptero, pero como nadie le hizo el más mínimo caso, desistieron y se sentaron a recuperar resuello. Detrás de ellos se veía ascender desde la Plataforma, un reguero de gente como una serpiente multicolor. La cobertura mediática había hecho efecto y la gente se animaba a subir en plena siesta y con una canícula que se masticaba. A esa hora se habían unido ya a la retransmisión otras televisiones y radios de ámbito nacional, incluso corrió el

rumor de que la CNN iba a mandar un destacamento informativo arrojándose los reporteros en paracaídas desde un B-52 en un despliegue sin precedentes. El anuncio a bombo y platillo del alcalde de que podría tratarse de un pajarraco escapado del arca de Noé, la cual estaría por allí mismo embarrancada, según una hipótesis que era de momento solo suya, había disparado la expectación mediática. Ascendía gente con tiendas de campaña y mochilas dispuestos a pasar la noche. Algunos subían con escapularios y con cruces, incluso alguno descalzo.

A las 6'30, el alcalde y yo en primera línea, todos los concejales de su partido detrás y tras ellos los de la oposición, que casi ni se les veía, dimos un parte a los medios de comunicación diciendo que efectivamente estábamos ante un Avicornio Bejarano Excesior Conectin Pipol y que eso iba a revolucionar el mundo de la ciencia, por sí mismo el bicho y porque habíamos observado que llevaba dentro de la tripa una pierna humana completa y otra masticada ya, de la que solo había dejado algo un poco más consistente, una especie de zapato. Debo decir, como arqueólogo que soy, que si un bicho lleva una pierna humana dentro de la barriga es que ambos dos son contemporáneos, puesto que nadie se puede comer lo que no existe. Esto que quede claro. Esa era una de mis primeras conclusiones sólidas.

Era tal la expectación que el alcalde no solo retransmitía para la prensa los hallazgos a pie de cata arqueológica, sino que ya lo hacía para el público en general que no cesaba de llegar, dotado de uno de esos micrófonos que se pegan por medio de una varilla a un carrillo de la cara, partiendo de las orejas. Como los que usa Madonna y esa gente que canta y baila a la vez, para entendernos. Naturalmente se habían tomado las medias de seguridad oportunas: había llegado un Hércules del ejército del aire con una dotación policial desembarcando en rampa-tobogán a todos los números policiales en traje de campaña, en medio de un despliegue que encogía el corazón de lo perfecto. «¡Alcalde, lo que necesites!», le había dicho por teléfono el ministro del Interior. «Oye, ministro, dile al presidente que esté limpio y preparado en todo momento, que quiero que venga a visitarlo», le había contestado el alcalde venido arriba, hablando para que todo el público le oyera los altos niveles a los que se movía. «¿Algo más, alcalde?», inquirió de nuevo el ministro. «Sí, una cosa más: traeros también a Obama». El ministro prometió trabajar para ello y se despidió.

Cuando empezó a caer la tarde vimos que no se terminaría la faena. La arqueología es cosa complicada, aunque parezca que es solo desenterrar y desenterrar. Hay que medir, levantar planos a escala, fotografiar, anotar todo... en fin, que no es lo que parece.

Reconozco que yo al caer la tarde estaba preocupado. El 14 de agosto hay verbena en Valdesangil como antesala de la fiesta mayor del 15 y yo nunca me la he perdido. Nada como abandonarse a unos pasodobles cortando la plaza de arriba a abajo. Pero el alcalde había decidido que aquello no se podía interrumpir. La verdad es que empecé a arrepentirme de haber cambiado la fama por la belleza, aceptado encargarme de la excavación, y dejando de lado la fiesta de mi pueblo, con lo que es eso.

La intendencia funcionaba. Los helicópteros no paraban de ir venir transportando necesidades. Fueron a buscar grupos electrógenos para garantizar la luz y también cena para todos los presentes, trabajadores y visitantes, porque el alcalde dijo que el pueblo también se merece cenar, que no solo de ciencia vive el hombre. Se anunció panceta asada a discreción. «Así es como se ganan los votos, ¡aprende, criatura!», le había susurrado a la oreja el alcalde a uno de sus concejales después de anunciar con megáfono en mano que habría cena para todos y de postre un helado al corte de tres gustos. De modo que en poco tiempo empezamos a trabajar bajo la luz de los focos y con una peste a panceta asada en el ambiente que tiraba para atrás. Advertí de la posible contaminación de los huesos del avicornio con el humo de la panceta con vistas a la cosa del Carbono 14, pero no se me hizo ni caso. Allí nadie sabía lo que era el Carbono 14 ni tenía ganas de aprenderlo. Para un servidor y para todo el equipo de trabajo se nos trajo además un café torrefacto colombiano patrocinado por *nosequién* de forma que aguantáramos toda la noche allí, pica que te pica en el suelo.

Íbamos a empezar a cenar los bocadillos de panceta, cuando el alcalde anunció por megafonía que en breves momentos iba a proceder a llamar al mismo presidente del Gobierno para invitarle a pasarse por allí al día siguiente con el fin de inaugurar el hallazgo y de paso asistir a la santa misa de campaña que iba a celebrarse. Una vez más la gente reconoció que aquel hombre, con aquella visión que tenía para organizar lo mediático, era un líder y además, su ídolo. El presidente no se podía poner por un asunto que no viene al caso, pero estaba al teléfono el jefe de gabinete. «De ninguna manera, yo quiero hablar con el presidente –le dijo muy enérgico– esto es un asunto de estado, dile que tiene que ver con el diluvio universal». (Insistía en lo del diluvio, ¿pero quién le decía que no, hablando con el jefe de gabinete de todo un presidente del Gobierno, eh?.) Hasta que no se puso el presidente no paró. Se hizo un silencio sepulcral entre todos nosotros y apagaron las luces de los grupos electrógenos para que fuera más conmovedor, aunque permitieron encender los mecheros con la misma intención que eso se hace en los conciertos de rock. Se nos ordenó a los de la excavación que paráramos también. Con el teléfono móvil acoplado al megáfono, la conversación era retransmitida para todos los públicos, de tal manera que tuvimos la sensación, bajo de aquel cielo estrellado, que era cosa del mismo universo. Hubo allí

quien lloró, a juzgar por los gimoteos que se dejaban oír en medio del silencio. El presidente accedió a ir al día siguiente por la tarde, pero después de la siesta, ya que tenía una paella en la barbacoa de La Moncloa con los ministros del gabinete de crisis económica. Lo suyo hubiera sido la santa misa, pero bueno, después de siesta no estaba nada mal. «Hazme un favor, presidente – dijo a punto de despedirse ya– tráete contigo al Florentino Pérez y que me traiga una camiseta del Casillas para un sobrino». Nada más oírse colgar, se escuchó una cerrada ovación, que con la oscuridad fue directamente al universo.

Claro, la incorporación del presidente del Gobierno a la agenda cambiaba los planes. Había que demorarlo todo suficientemente para que el final coincidiera con su llegada, con el consiguiente despliegue informativo, la presentación a los medios, las fotos y tal y tal. Eso al alcalde le cuadraba a las mil maravillas; a los ayudantes de la excavación más o menos también, porque se les anunciaron unas compensaciones económicas muy onerosas y una medalla con las cinco abejas; a los que habían subido, si les hacían un buen calderillo para comer y les daban de desayunar chocolate con churros, también; ¡pero a mí no! Era el único, pero a mí no. Me explico: no era por llevar la contraria. Me había quedado sin estar en la verbena esa noche en Valdesangil y sin los pasodobles que yo me suelo marcar, me iba a quedar sin salir en la procesión y sin llevar un rato con mi amigo Juan Luis a la patrona por las calles, como tanto nos gusta y nos llena de orgullo a los dos, ¿y me iba a quedar sin la comida que todos los años nos da a la familia ese día mi tía Reme en el Pavón, por esperar a que comiera una paella y se levantara de la siesta el presidente? ¡¡Por aquí!! ¡¡¡Tururú!!! Llamé aparte al alcalde y le dije que no contara conmigo, que el presidente será mucho para él y para todos, pero que yo creo en la familia unida y mi tía Reme es mi tía Reme. Me dijo que era una cuestión de estado y que me callara la boca. En principio obedecí, porque a mí que me digan que algo es cuestión de estado, me dispara todas las alarmas de la responsabilidad. Pero reconozco que me puse a seguir desenterrando al bicho con un come-come por dentro que no me dejaba vivir. Porque uno es un profesional, que si no me cojo un pico y no queda del avicornio ni un hueso sano, y se va todo a tomar por saco. Total que toda la noche estuvimos trabajando a base de café torrefacto y yo con un run-run en la cabeza horroroso. La gente, sin embargo, se acostó como pudo por allí y pasó de nosotros, porque estaban bien cargados de panceta (se había podido repetir, y varias veces) y ya lo que le interesaba era ver la cosas terminada. A las cinco de la mañana a Gabriel Cusac le entró una inspiración tremenda, viniéndole a la mente, a propósito del avicornio, una especie de villancico, pero de los suyos. Yo respeto mucho a los buenos artistas, de modo que le di permiso para que se fuera a una piedra a componerlo el tiempo que necesitara.

Teníamos el avicornio ya medio desenterrado al alba y yo empezaba a tener una hipótesis más o menos clara de que había perecido estampándose contra el suelo, ya que tenía el pico todo roto como de haber caído en picado. Pero no era eso todo, dado que se le apreciaba toda la órbita de un ojo destrozada y no era del tiempo, parecía evidente que la causa del aterrizaje había sido una contundente pedrada. Yo no quería dar ideas, pero un bejarano un poquito animal había abatido al avicornio. Que hubiera sido en defensa propia o por capricho, esa era otra cosa, pero que no había sido de muerte natural, estaba clarísimo. No cayó nada bien que un bejarano pudiera haber capotado a un ave relacionada con la Biblia. Con estas conclusiones le expliqué al alcalde lo que había y de paso que fuera desentendiéndose de lo del arca de Noé, del diluvio universal y tal, le que eso era demagogia histórica, una cosa muy poco honesta. Hubo que verle cómo se puso. Me llamó capullo y todo. Estaba tan crecido por lo de la visita del presidente que ya no respetaba opiniones contrarias. Total que nos fuimos calentando el uno y el otro. Él no entendía que yo a mi vez no entendiera que los alcaldes como él puedan formular hipótesis en forma de tesis para estimular –según su propio criterio– el entusiasmo del personal, siendo este entusiasmo una forma de fe que mueve montañas. Es decir, que se podía inventar cualquier cosa porque el fin justifica los medios y el fin no era otro en este caso, según dijo, que hacer feliz al pueblo soberano, hacerle feliz por unas horas, puesto que todo es efímero y, además, está demostrado que el pueblo se olvida de todo. Llegados a este punto y como no era cuestión de echarle mano a la solapa de la chaqueta, junté en mi mente como en una coctelera la bronca anterior y con ella la honda pena por no asistir a la misa mayor cantada en Valdesangil el día de la patrona, y lo que era más: la comida que daba a la familia mi querida tía Reme. Con todo junto y bien batido le dije que hasta allí habíamos llegado y que me marchaba en ese preciso instante y ni avicornio, ni arca, ni Noé, ni leches. «Pues te vas a ir andando, que el helicóptero no está ya para ti, que hay que ahorrar», me dijo muy irónico. «Pues te vas a meter el helicóptero por donde te quepa», respondí yo, en plan ya de quemar las naves. Recogí todo, fui donde Gabriel Cusac a despedirme, que por cierto en vez de villancico había escrito un libro en aquel rato, y me puse en camino. Con un poco de suerte, dado que era cuesta abajo llegaba para sacar la Virgen en Valdesangil y, por supuesto, a la comida con tía Reme, que eso sí que era importante para mí. En cuanto a lo arqueológico no hubo problema, trajeron de inmediato a una arqueóloga del partido que no tuvo escrúpulos en decir que estaban ante un episodio relacionado con el diluvio universal, que preveían que la paloma con la rama de olivo de la Biblia era en realidad una metáfora del avicornio, manipulada la realidad en tiempos para hacerla más dulce, y que la aparición del arca de Noé y del susodicho era solo cuestión de horas. Por mi parte, salí ganando porque me quedé con el traje y el salacof, con los que ahora marco mi autoridad en las excavaciones como nadie lo hace; eso sí, me han reducido

el presupuesto para investigar, dicen que es por la crisis, pero es por venganza, que esta gente es muy traicionera.